

Todos los días, hasta el fin del mundo

(2 de 2)



Dr. Justo L. González

Azusa Pacific University
Azusa, California
9 de abril 2011

Todos los días, hasta el fin del mundo (2 de 2)

Decíamos antes que hay dos textos fundamentales que se citan cuando se trata de la misión universal de la iglesia. El primero es la Gran Comisión en Mateo 28. El segundo es la promesa del Espíritu en el primer capítulo de Hechos. En la hora anterior tratamos sobre el primero de estos dos pasajes, y por tanto ahora centraremos nuestra atención en el segundo.

Sin embargo, antes de entrar de lleno al libro de Hechos debemos aclarar su relación con los Evangelios. De todos los evangelistas, solamente uno, Lucas, nos dice algo de lo que aconteció después de las apariciones del Señor resucitado, pues la historia de la ascensión aparece solamente en Lucas. Y solamente Lucas pasa entonces a un segundo volumen en el que se cuenta lo que sucedió después de la ascensión.

Entre todos los evangelistas, el que más subraya la acción del Espíritu Santo en la vida y ministerio de Jesús es Lucas. Resulta interesante notar que cada uno de estos dos libros, Lucas y Hechos, incluye casi al principio un pasaje de los profetas que anuncia el tema todo del resto del libro. En el Evangelio, ese pasaje es el texto de Isaías que Jesús lee en la sinagoga, en Lucas 4. En Hechos, es el texto de Joel que Pedro cita el día de Pentecostés, en el capítulo 2. Y resulta también interesante notar que el pasaje de Isaías con el cual se anuncia el ministerio de Jesús empieza diciendo: “El Espíritu del Señor está sobre mí”, y que cuando Pedro en Pentecostés explica el pasaje citado de Joel, lo hace en términos de la vida de Jesús.

Esto nos lleva a afirmar que el primer libro, el Evangelio, es sobre los hechos de Jesús en virtud de la presencia del Espíritu en él, mientras el segundo, Hechos, es sobre los hechos del Espíritu, por quien Jesús continúa actuando.

Y esto me lleva a afirmar que Hechos no es sobre los apóstoles, sino sobre el Espíritu. Sobre esto hay que hacer una aclaración: los títulos de antaño, a diferencia de los de hoy, no trataban de encapsular todo lo que el libro decía, sino solamente su comienzo. Hoy, por ejemplo, si le damos a un libro el título de “Historia de América”, con ello indicamos que el libro trata sobre esa historia desde sus inicios hasta nuestros días. Pero ese mismo libro, en la antigüedad, bien podía llevar el título de “Historia de las migraciones a través del estrecho de Bering”—o, si comenzaba la narración en otra fecha bastante más tardía, “Historia de los viajes de Colón”.

Esto se ve claramente en el libro que lleva el título de Hechos de los Apóstoles. Ciertamente, los apóstoles son personajes importantes al comienzo del libro. Pero pronto la atención se centra solamente en dos de ellos, Pedro y Juan. En el capítulo 6, sin embargo, se introducen otros siete, y en ese capítulo 6, en todo el 7 y el 8, los protagonistas no son ya los doce apóstoles, sino dos de este nuevo grupo de siete, Esteban y Felipe. En el 9, se introduce otro personaje llamado Saulo. Y a partir del 13 el personaje principal no es ni uno de los doce ni uno de los siete, sino este Saulo. Pedro desaparece hasta que le encontramos de nuevo en el 15. Pero luego no se nos dice qué fue de él. Y, para colmo, tampoco la historia de Saulo termina, pues el libro nos deja por así decir “en el aire”, diciéndonos que Pablo estaba predicando en Roma entretanto esperaba su juicio ante el César.

Lo que todo esto indica es que las principales protagonistas de Hechos no son los doce, ni los siete, ni Saulo, sino el Espíritu Santo, quien es el único que aparece repetidamente desde el principio hasta el fin del libro.

El pasaje que vamos a estudiar se sitúa entonces al inicio de este libro de los Hechos del Espíritu. En él se anuncia la venida del Espíritu, paralelamente a como al principio de Lucas se anuncia el nacimiento de Jesús.

También este pasaje, como el que estudiamos antes, es bien conocido: “pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra.”

Resulta interesante notar que, si bien el modo en que frecuentemente memorizamos el texto que estudiábamos entonces se olvida el “por tanto” con que comienza, en el que estudiamos ahora tampoco le prestamos mucha atención al “pero” con el que este versículo empieza. La palabra “pero”, al igual que la frase “por tanto”, no es palabra con la que normalmente se empieza una oración o un pensamiento. Normalmente se usa así, suelta, al principio de un pensamiento, para expresar incredulidad o sorpresa por lo inaudito. Por ejemplo, decimos: “Pero, ¿qué es eso?” O, “Pero, ¿qué dices? Mas ciertamente no es ese el uso que se le da aquí. Aquí tiene más bien su uso normal de carácter adversativo, como cuando decimos: “No pienses que te voy a dar dinero, *pero* sí te voy a dar un consejo”.

Luego, así como el “por tanto” de la tan conocida Gran Comisión nos obliga a mirar lo que le antecede, así también este “pero” con el que comienza la promesa del Espíritu Santo nos obliga a considerar lo que le antecede.

El contexto de esa promesa es el momento antes de la ascensión. Los discípulos están reunidos con su Maestro, y le preguntan: “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?” A lo que Jesús responde: “No os toca a vosotros saber los tiempos o las ocasiones; *pero* recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo.” En otras palabras, la pregunta de ustedes no es correcta, pero sí les prometo esto otro.

Supongo que muchos de ustedes, al igual que yo, han oído citar y discutir este pasaje desde que éramos niños. Yo bien recuerdo la explicación que se me daba: los discípulos todavía no entendían que Jesús no había venido a restaurar el reino de Israel, sino a otra cosa muy distinta, y lo que el Señor les está diciendo es que se olviden del reino y se dediquen a dar testimonio.

Pero si estudiamos el pasaje mismo con detenimiento vemos que lo que Jesús les dice que no debe interesarles o preocuparles no es lo del reino, sino más bien “los tiempos o las ocasiones”. Recordando lo que vimos al estudiar la Gran Comisión, podemos decir que no han de preocuparnos los tiempos o las ocasiones, porque todo tiempo y toda ocasión están en las manos del Señor de los tiempos, del Señor que está con nosotros “todos los días, hasta el fin del mundo”.

El Reino de Dios fue tema constante de la predicación de Jesús. Ese reino fue prefigurado en el reino de David. Y Jesús, hijo de David, ha de restaurar el reino. Pero lo ha de restaurar de tal modo que el antiguo reino de David no es sino un anticipo, una señal, del reino que Jesús instaure. El reino de David, por extenso que fuera, no era ni la sombra del de este Rey a quien le ha sido dada potestad sobre el cielo y sobre la tierra. O, mejor dicho, sí era sombra, era señal, era anticipo—en fin, era lo que los antiguos escritores cristianos llamarían “tipo” o “figura” del Reino de Dios.

Luego, el que los discípulos se interesaran en la restauración del reino de Israel no ha de sorprendernos. Y lo más interesante es que el Señor les dice que se equivocan; pero no, como me explicaron a mí de niño, por pensar en el reino, sino más bien por querer saber “los tiempos o las ocasiones”; por no dejar esos tiempos y estaciones, por no dejar todos los días, hasta el fin mismo de los días, en manos del Señor de los tiempos y las estaciones.

Esto es de suma importancia para la iglesia latina en el día de hoy, pues anda por ahí toda una multitud de personas que nos dicen que han descubierto la clave para saber cuándo es que el Señor vendrá. Algunos nos dicen la fecha exacta y hasta la hora. Quienes tal dicen, se equivocan e interpretan mal las Escrituras, al menos por dos razones.

La primera es que en las Escrituras el Señor nos ha dado su revelación, no un crucigrama o un rompecabezas que haya que resolver. Dios no juega a las adivinanzas con su pueblo. Y por tanto no hay cosa más contraria a la Biblia misma que ponerse a sacar cuentas con claves que hemos descubierto —a multiplicar, por ejemplo, las doce tribus de Israel por los siete días de la semana, las siete

trompetas y las siete copas de ira, para determinar que la séptima trompeta tocará el día 5 de septiembre del año que viene, y decir que este era el secreto escondido en las Escrituras desde el principio. Tristemente, tales interpretaciones abundan en nuestros medios, y es hora de que les demos el mentís más rotundo a quienes hacen de la Santa Palabra de Dios una especie de juego de sudoku.

Pero la segunda razón es todavía más contundente, y es que el mismo Jesús nos dice: “No os toca a vosotros saber los tiempos o las ocasiones que el Padre puso en su sola potestad.” Querer saber los tiempos o las ocasiones es querer usurpar los secretos de Dios, es querer arrancarle a Dios lo que Dios mismo no nos ha querido revelar.

En resumen, el error de los discípulos no está en esperar la instauración del Reino, sino en querer saber cuándo.

Todo eso es lo que nos dice claramente el “pero” con que comienza el tan conocido versículo de Hechos 1.8.

Por otra parte, si la palabra “pero” niega lo que le antecede, afirma lo que le sigue: “recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo.” Ese es el tema de todo el libro de Hechos: la presencia del Espíritu Santo y el modo en que ese poder obra en la comunidad de los fieles.

En ese sentido, lo primero que Hechos 1.8 nos dice es que la dádiva del poder del Espíritu es para ser testigos. No es para gloriarnos en el Espíritu. No es para que nos felicitemos y nos sintamos bien

porque tenemos el Espíritu. El Espíritu bien puede hacernos sentir bien, y bien puede darnos visiones o don de lenguas. Pero la razón por la cual el Espíritu nos es dado no es para que tengamos visiones o para que hablemos en lenguas, sino para que seamos testigos.

En ese sentido es significativo que lo primero que acontece cuando, en Hechos 2, se cumple la promesa de la dádiva del Espíritu es que los discípulos testifican. En ese capítulo hay un extraño detalle que rara vez notamos. En el versículo 2, Lucas nos dice que el estruendo “llenó toda la casa donde estaban”. Es decir, que estaban dentro. Pero en el versículo 5, inmediatamente después de la dádiva del Espíritu, sin que Lucas nos explique cómo, parece que esos mismos discípulos que estaban reunidos en una casa ahora están afuera, pues se reúne una multitud. Esto ha provocado diversas explicaciones, y no estoy seguro cuál de ellas sea mejor. Pero lo que está claro es que la dádiva del Espíritu lleva a quienes lo reciben a derramarse hacia fuera de la comunidad—o, como les había sido prometido, a ser testigos.

De paso, algo parecido acontece, aunque, con otras palabras, al final del Evangelio de Juan, donde los discípulos están reunidos a puertas cerradas, como dice Juan, “por miedo a los judíos”. Pero el Señor resucitado se les presenta y les dice: “Como el Padre me envió, así también yo os envío . . . Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20.21-22). Nótese que también en ese otro pasaje, al igual que en Hechos, el Espíritu es dado para la misión. Jesús fue enviado por el Padre, y ahora, al enviar a sus discípulos a semejanza de su propio envío, Jesús les da el Espíritu Santo.

Pero volvamos a Hechos, y a la historia del Pentecostés. Porque, si el Espíritu es dado para la misión, nos compete ver cómo es que ese Espíritu actúa, y lo que eso puede implicar para nuestra misión.

El pasaje de Pentecostés, como tantos otros de la Biblia, nos es tan conocido, que muchas veces lo leemos sin detenernos a ver qué pueda decirnos de nuevo. Y en el caso de este pasaje esto sucede mucho más, pues el hecho mismo de la dádiva del Espíritu y del don de lenguas es tan sorprendente que tiende a eclipsar todo lo demás. Por tanto, sugiero que nos detengamos por unos momentos para señalar algunos elementos interesantes e importantes, pero frecuentemente olvidados, en el pasaje mismo.

En primer lugar, cabe aclarar quiénes fueron los que recibieron el Espíritu. En los cuadros medievales, y hasta el día de hoy en algunos ventanales en las iglesias, vemos a los doce apóstoles sentados como en un círculo, cada uno de ellos con una lengua de fuego sobre la cabeza. Esto es reflejo de un modo de leer el libro de Hechos que me parece equivocado, y que consiste en pensar que Hechos es sobre los apóstoles, sobre su autoridad, y sobre cómo la emplearon. Ese modo de entender el Pentecostés, como la dádiva del Espíritu a los apóstoles, cobró entonces fuerza como un modo de reforzar y apuntalar la autoridad de los sucesores de los apóstoles—es decir, de los obispos y otros jerarcas de la iglesia. En algunos casos en la Edad Media, por razones que obviamente se relacionan con la religiosidad de la época, hay en medio de los doce una persona más, la Virgen María.

Pero eso no es lo que el texto dice. En el versículo 1 Lucas introduce la historia diciendo que “estaban *todos* unánimes juntos”. Ese “todos” no se refiere únicamente a los doce, sino a toda la comunidad de los creyentes. De no ser así, el discurso de Pedro no tendría sentido. En efecto, cuando Pedro ve que las gentes se preguntan qué quiere decir lo que están viendo, y que algunos hasta se burlan, les explica lo que está teniendo lugar sobre la base de un pasaje de Joel. Pero ese pasaje solamente tiene sentido si

quienes dan muestras de haber recibido el Espíritu son varones y mujeres, jóvenes y ancianos:

“vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas, en aquellos días, derramaré de mi Espíritu, y profetizarán.”

Aquí conviene aclarar que en el sentido estricto en la Biblia “profetizar” no es predecir el futuro, sino hablar en nombre de Dios; y, más específicamente, predicar. Eso es lo que están haciendo quienes han recibido el Espíritu, y ahora proclaman el evangelio en las diversas lenguas de su audiencia. Luego, parece ser que, aunque Hechos nos cuenta solo el discurso de Pedro, el resto de la comunidad también estaba hablando y proclamando el evangelio.

Volviendo al tema de quiénes reciben el Espíritu, no cabe duda de que son varones y mujeres, ancianos y jóvenes. En otro lugar, Pablo dice que Dios no hace distinción de personas. Aquí el Espíritu la demuestra. En aquella sociedad en que había profundas distinciones de rango y de derechos entre varones y mujeres, y entre ancianos y jóvenes, todos reciben el Espíritu. Y lo reciben por igual.

Esto se entiende, pues el Espíritu es las arras, o el anticipo, de la promesa del Reino. Es el Espíritu quien nos capacita ya desde ahora para llevar una vida que sea anuncio de ese Reino. Esto es de una pieza con el testimonio para el cual el Espíritu nos capacita, pues ese testimonio incluye la promesa del Reino venidero, y el buen testimonio requiere que nuestra vida, tanto personal como comunitaria, sea señal de ese Reino. El Espíritu se derrama por igual sobre mujeres y varones, sobre jóvenes y ancianos, porque esa unidad y esa igualdad son señales del Reino venidero.

Luego, lo que hemos de imaginar al leer este pasaje no es que los doce reciben el Espíritu, y el resto sencillamente es testigo de ello, sino que todos reciben el Espíritu. Y no solamente que los que luego hablan son los apóstoles, o que solo Pedro predica, sino que todos hablan, todos predicán—varones, mujeres, jóvenes y ancianos.

Si esto es así, quiere decir que quien dice tener el Espíritu, pero ese espíritu le lleva a reafirmar los privilegios, las divisiones y las injusticias de la sociedad circundante, podrá tener algún espíritu, pero ciertamente no el Espíritu Santo de Dios. Como diría Primera de Juan, “No creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus, si son de Dios.”

Pero hay más. Otro detalle que frecuentemente pasamos por alto es la importancia que tiene el que cada cual oiga, como dicen ellos, “en nuestras propias lenguas”.

Si el propósito del Espíritu Santo es que todos puedan escuchar el mensaje, el Espíritu tiene dos opciones. Una de ellas es hacer que todos entiendan la lengua de quienes hablan—es decir, que todos entiendan el arameo con acento galileo que hablaban los primeros discípulos. Y la segunda opción es hacer que cada cual escuche el mensaje en su propia lengua. (De paso, ya que estamos hablando de “lenguas”, cabe notar que en el texto griego aparece el mismo juego de palabras, pues una “lengua” puede ser tanto una llama—una lengua de fuego—como un idioma.) Pero volviendo al tema de las dos opciones, cada una de estas tiene implicaciones importantes para la vida de la iglesia.

Si el Espíritu hubiera escogido la primera opción, de modo que todos los presentes—partos, medos, elamitas, etc.—entendieran el arameo de los apóstoles, esto querría decir que a partir de entonces el arameo sería la lengua de la iglesia, lengua privilegiada por haber sido la de los apóstoles. Al escoger la segunda opción, y hacer que cada cual escuche en su propia lengua, el Espíritu está indicando que, cuando de fe y relación con Dios se trata, no hay lengua ni cultura privilegiada.

Un distinguido misiólogo de la Universidad de Yale, Lamin Sanneh, ha escrito precisamente acerca de este tema. Sanneh es natural de Gambia, y sus primeros estudios fueron sobre el islam; pero ahora es cristiano y enseña misiología en la escuela de teología de Yale. Su más importante libro, *Translating the Gospel*—La traducción del evangelio—trata sobre esto. Según Sanneh una diferencia importantísima entre el islam y el cristianismo se manifiesta en el hecho de que la Biblia se puede traducir, pero el Corán no. Es decir, el Corán sí se puede traducir; pero ya no es el Corán, sino una traducción del Corán. Para que sea la palabra revelada por Dios, el Corán tiene que leerse en árabe. En cambio, en cuanto a la Biblia, aunque todos sabemos que lo que usamos a diario son traducciones, no se nos ocurre pensar que porque son traducciones no son ya la Biblia. Esas traducciones pueden y deben corregirse, sí; para corregirlas es necesario regresar repetidamente a las lenguas originales; sí. Pero con todo y eso, la Biblia en español que tengo en mi escritorio o que llevo bajo el brazo es la Biblia. Es una traducción de la Biblia; pero también es la Biblia.

Según Sanneh, en eso estriba—o debería estibar—una de las principales diferencias entre la expansión del cristianismo y la del islam. Por definición, la buena expansión del islam es también la expansión de la lengua y la cultura árabes, pues solo así es posible leer y entender correctamente el Corán. Pero la

buena expansión del cristianismo no es necesariamente la expansión de la cultura que lo transmite. Ciertamente, una y otra vez a través de la historia del cristianismo, esa expansión ha ido apareada a la expansión colonial e imperialista, y una y otra vez los misioneros han confundido su mensaje con su propia cultura. Pero, así y todo, el evangelio se ha ido adaptando a diversas culturas de un modo que le ha sido mucho más difícil al islam. Lo que es más, para el islam tales adaptaciones, aunque en cierta medida inevitables, son deplorables; son concesiones a la fragilidad humana. Pero para el cristianismo tales adaptaciones no son sino su propia encarnación en la cultura y la vida humanas, a semejanza de su Señor, quien se encarnó para nuestra salvación.

Todo esto se basa en lo que vemos en el Pentecostés, que el primer traductor del evangelio es el Espíritu Santo. La traducción no es concesión a la debilidad humana, sino obra de Dios mismo, llamado constante que Dios le hace a la iglesia en todo momento y circunstancia. Y tarea ineludible que el Espíritu Santo hace posible.

Pero hay más, pues en todo esto hay también cuestiones de poder. Cuando no es ya solamente la lengua de los galileos, sino también las de los partos, medos, elamitas, mesopotámicos, capadocios, etc., las que tienen un lugar dentro del pueblo de Dios, los discípulos originales no tendrán ya todo el poder y la autoridad. De hecho, como ya he indicado, podemos leer en todo el libro de Hechos la historia de cómo esa autoridad va pasando a otras manos. La iglesia cuyo centro estuvo originalmente en Jerusalén al llegar a Antioquía empezó a predicarles, no solo a judíos, sino también a gentiles. Y pronto el centro de la misión pasó de Jerusalén a Antioquía.

Cómo esto acontece se puede ver en episodios particulares en el libro de Hechos. Así, por ejemplo, en el capítulo seis surge cierto desacuerdo entre los creyentes, porque había en la iglesia dos grupos que Hechos llama “los griegos” y “los hebreos”. Hay que aclarar que ambos grupos son judíos. Todavía el evangelio no se ha expandido a los gentiles. Pero entre los judíos de Palestina había unos que se habían criado en la región y que hablaban el arameo, y otros cuyo trasfondo estaba en la diáspora, y que, aunque ahora vivían en Tierra Santa, hablaban el griego. Luego, como tan frecuentemente sucede, los nombres que se les daban a los dos grupos eran algo inexactos, pues los “griegos” no eran verdaderamente griegos, sino judíos que hablaban el griego, y los “hebreos” no hablaban el hebreo, sino el arameo. (Eso no debe sorprendernos, pues los “latinos” de hoy ni hablamos el latín ni tenemos contacto alguno con el antiguo Lacio; y los “hispanos” de hoy quizá tengamos un poquito de sangre española, pero también indígena, africana, y hasta asiática.) En todo caso, hubo un desacuerdo en la iglesia de Jerusalén porque las viudas de los llamados “griegos” eran desatendidas en la distribución diaria. El que fueran desatendidas se entiende si tomamos en cuenta que quienes estaban a cargo de la distribución eran los doce, y que los doce eran todos “hebreos”. Posiblemente no serían solo desatendidas, sino también mal entendidas, y esa fuera la causa de su desatención. Lo que está claro es que, precisamente porque en aquel Pentecostés el Espíritu Santo hizo que cada cual entendiera en su propia lengua, ahora en la iglesia hay distintos grupos, y los doce no saben cómo manejar la situación. A petición entonces de los mismos doce, la iglesia nombra siete para que se ocupen de la distribución. Es interesante notar que ninguno de los siete tiene nombre hebreo, sino todos griegos: Esteban, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y Nicolás. Y este último ni siquiera era judío de nacimiento, sino que es un prosélito de Antioquía—es decir, un gentil que se había convertido al judaísmo.

Lo que acontece entonces es que estos “griegos” no solo manejan los recursos en la distribución diaria, sino también empiezan a predicar por su cuenta. El primero, Esteban, lo hace ante el Sanedrín, es decir, ante líderes de entre los judíos “hebreos”. Pero entonces Felipe va y predica en Samaria —tierra casi judía, pero no judía. Los de Jerusalén se preocupan por lo que está aconteciendo allá, y mandan a Pedro y Juan para asegurarse de que todo marche como debe. Pero Felipe no se queda en eso, sino que va y bautiza a un eunuco etíope —cosa que escandalizaría a un buen “hebreo”, pues la ley prohibía que un eunuco fuese añadido al pueblo de Dios.

Lo interesante es que Hechos no nos dice una palabra en el sentido de que los jefes de la iglesia de Jerusalén se preocuparan por eso, ni siquiera nos dice que se enteraran. En contraste, cuando Pedro va a Cesárea y bautiza a Cornelio, la iglesia de Jerusalén sí le pide cuentas.

¿Qué es lo que está aconteciendo? Sencillamente, que el poder va pasando de manos de los “hebreos”, pues va surgiendo una nueva iglesia que los “hebreos” no pueden controlar.

Esto es algo que muchos de nosotros conocemos de primera mano. Por ejemplo, uno de los problemas que encontramos repetidamente en iglesias y denominaciones de la cultura dominante, pero con una creciente presencia latina, es que muchas veces quienes antes sabían todo lo que estaba ocurriendo, y podían hasta manejarlo todo si lo deseaban ahora ven que suceden cosas que no entienden, y que por tanto están fuera de su control. Está bien que el Espíritu se mueva en la iglesia, que traiga nuevos miembros, y hasta que traiga miembros de una cultura diferente. Pero cuando esos miembros empiezan a dirigir sus propios planes y programas, quienes hasta entonces habían estado en control se

ponen nerviosos, y dudan de que lo que se esté haciendo entre ese otro grupo sea lo debido—como cuando la iglesia de Jerusalén mandó a Pedro y a Juan a Samaria, para que investigaran lo que Felipe andaba haciendo por allá, y luego mandaron a Bernabé para que viera lo que estaba sucediendo en Antioquía.

Así, yo he estado presente en reuniones en las que los negocios normalmente se conducían en español, pero ahora presidía una persona que no conocía esa lengua; y esa persona no se contentaba con que le tradujeran lo que se decía, sino que insistía en que todos hablaran en inglés. Es decir, que la desconfianza llegaba a tal punto que ni de los traductores se confiaba.

Y hay otros casos en los que se piensa que lo que está sucediendo en esos otros ámbitos no tiene mayor importancia. Eso fue lo que sucedió cuando Felipe bautizó al eunuco. De haberlo hecho un “hebreo”, los “hebreos” de Jerusalén le hubieran llamado a capítulo. Pero como lo hizo un “griego”, y en todo caso el etíope iba camino a una tierra lejana, nadie se ocupó del asunto.

También de tales casos hemos tenido experiencia. Hay denominaciones en las que las personas de la cultura dominante nos dejan hacer, sin molestarnos ni cuestionar lo que hacemos. Esto nos hace sentirnos bien, hasta que nos percatamos de que la razón por la que nos dejan hacer es que en realidad no le dan mayor importancia a lo que hacemos ni a las personas con quienes trabajamos.

Pero, si volvemos al libro de Hechos y a lo que sucede allí gracias al poder del Espíritu Santo, vemos que van surgiendo nuevos centros de misión que van suplantando a los viejos—en este caso, Antioquía, que

va tomando el lugar de Jerusalén. Y va surgiendo un liderato de entre los grupos antes marginados—en este caso, los “griegos”—que pronto vendrá a ser la vanguardia de la iglesia y de su labor misionera.

Hasta aquí, probablemente todo esto nos suene muy bien. Después de todo, podemos pensar que somos como los “griegos” que el Espíritu Santo está empleando para ampliar la misión de la iglesia. Y eso es cierto. Pero hay más que decir, pues no se trata únicamente de un proceso histórico en el que van surgiendo nuevos líderes. Se trata más bien del carácter mismo de la obra del Espíritu Santo—de lo que es eso que llamamos “el poder del Espíritu Santo”.

Permítaseme decirlo tajantemente, para luego explicar lo que quiero decir: El poder del Espíritu Santo es muy diferente del poder tal como se entiende comúnmente. El poder según lo entiende el mundo que nos rodea es entre otras cosas poder para retener el poder. Quien lo tiene lo emplea de tal modo que se le dé más poder. Caso típico de esto son los muchos dictadores de nuestro tiempo. Tienen poder, y lo emplean para sostenerse en el poder. Caso dramático, por ejemplo, el de Mohamar Kadafi, quien de tal modo se enamoró de su poder que se mostró dispuesto hasta a matar a millares de sus compatriotas para sostenerse en el poder.

Pero el poder del Espíritu es poder, no para retenerlo, sino para darlo. Cuando los primeros discípulos reciben el Espíritu en Pentecostés, lo primero que hacen es hablar en otras lenguas, y el resultado de ello es que pronto surgirán nuevos líderes, y hasta toda una iglesia que estará fuera del control de los discípulos mismos. Aunque hay por ahí quien diga que tiene el poder del Espíritu, y que eso le da autoridad para mandar y para señorearse por encima de los demás, ese no es poder del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es el Espíritu de Jesucristo, el Espíritu de aquel que, siendo en forma de Dios, no tuvo el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo...” Lo que el Espíritu hace es que nos da poder, pero no poder para aferrarnos a él, no para tener más poder sobre los demás, sino poder para despojarnos, para darles poder a los demás, y para tomar forma de siervos.

Por eso es que cuando el Espíritu Santo les es dado a los primeros creyentes en aquel día de Pentecostés, lo primero que los creyentes hacen es hablar acerca de las maravillas de Dios; pero hablar, no en su propia lengua, sino en las lenguas de los demás. Y ello es afirmación de los demás. Es tener poder, no para retenerlo, sino para compartirlo, para darlo.

Por otra parte, es muy fácil ver esto y aceptarlo cuando son otros los que parecen querer retener el poder del Espíritu para dominarnos, para decirnos lo que debemos hacer, y para obligarnos a ser como ellos. Pero es más difícil reconocer que entre nosotros mismos también hacemos lo mismo. Hay iglesias latinas cuyos líderes reclaman para sí el poder del Espíritu, no para abrirles camino a otras personas, sino para asegurarse de que todos les estén supeditados. Ese supuesto Espíritu Santo tampoco es el de Pentecostés. El poder que el Espíritu nos da es poder para dárselo a otras personas, y no para darnos importancia o para reclamar privilegios especiales.

Ese es el extraño poder del Espíritu Santo. Pero es poder como el poder de Jesucristo, quien alcanzó la victoria a través de la muerte. O como el poder que el apóstol Pablo recibió, y que le permitió declarar, “cuando soy débil, soy poderoso”.

Luego, cuando el Señor les promete a los discípulos, recibiréis y poder del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos...”, ese poder no es solamente el necesario para poder hablar del evangelio con firmeza y claridad, sino que es también el poder para dar testimonio siguiendo el camino del que “siendo en forma de Dios, no tuvo el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo...”

Pero hay todavía otro elemento en esa historia del Pentecostés que siempre me ha intrigado y que ahora quisiera compartir con ustedes. Se trata de lo que Lucas nos dice, en el sentido de que, aun en presencia del milagro de las lenguas, algunos se burlaban y decían “Están borrachos.” ¿Cómo puede ser tal cosa? Ciertamente, si yo hubiera estado allí, oyendo a aquellos galileos hablar de las maravillas de Dios en mi propia lengua, me hubiera maravillado, quizá me hubiera aterrorizado; pero ciertamente no me burlaría. ¿Cómo explicar entonces eso de que haya quien se burle ante tales maravillas?

La única respuesta que se me ocurre es que quienes se burlan no ven el milagro. Ven el alboroto, pero no el milagro. Y no lo ven, porque el milagro consiste en entender lo que no se espera entender, y ellos sí esperan entender. Veámoslo en términos concretos, comparando a dos personas imaginarias: Allí está por una parte un judío egipcio que ha venido a Jerusalén en peregrinación; y, por otra parte, está el vecino Jacobo, que vive a unas puertas de donde el milagro está ocurriendo. El egipcio se sorprenderá, porque entiende cuando no esperaba entender, porque escucha a los galileos hablar en su propia lengua. Pero el pobre Jacobo, que ha vivido allí toda la vida, y que siempre ha entendido lo que se dice, no ve sino el alboroto de unos borrachos. Jacobo se dirá entonces, “¿A qué viene tanto alboroto? Lo único que veo es un grupo de fanáticos hablando arameo, como todos hablamos acá. Ese

egipcio que se muestra tan maravillado debe estar borracho, y también ese capadocio y ese parto”. Si pasan entonces sus otros vecinos Miriam y Josué, y le preguntan qué es lo que ocurre, les dirá: “Nada. Son unos borrachos alborotando el barrio.”

Si esa es la explicación del hecho de que algunos se burlen, lo que tenemos aquí es un caso más de lo que ocurre repetidamente cuando el poder del Espíritu se desenlaza: Quienes esperan entender son quienes menos entienden.

Y esto es de una pieza con lo que acabo de decir antes: Quienes pretenden tener el Espíritu Santo de tal modo que les permite reclamar privilegios especiales, o autoridad por encima de los demás, corren el riesgo de no reconocer la presencia del Espíritu Santo.

Por último, es importante señalar una dimensión fundamental de todo este pasaje, y de buena parte de la Biblia: Todo lo que se dice está en plural. A los discípulos no se les promete el Espíritu Santo individualmente, sino como una comunidad de creyentes. Nótese también que antes de recibir el Espíritu “estaban todos unánimes juntos”. Y nótese que las lenguas de fuego se asentaron “sobre cada uno de ellos”. El don del Espíritu tiene una dimensión personal, sí: “sobre cada uno de ellos”. Pero tiene también una dimensión comunitaria. En aquel Pentecostés, el Espíritu Santo no anda buscando a ver quién es el más consagrado, el más devoto, el más digno. No, sino que se derrama sobre toda la comunidad.

Esto contradice mucho de lo que se piensa en nuestra sociedad en extremo individualista. Se piensa que lo primero es siempre el individuo, y que la comunidad viene después, cuando los individuos deciden reunirse. Así se piensa sobre todo en materia de religión. Después de todo, lo que cada cual cree es asunto suyo. Según esa perspectiva moderna, la iglesia no es sino un grupo de individuos que deciden juntarse; o un grupo de individuos que, guiados cada cual por el Espíritu, deciden juntarse.

Pero aquí, en el Pentecostés, el Espíritu le es dado a la comunidad, y no a individuos aislados. Estaban todos unánimes reunidos. Y todos recibieron el Espíritu.

Una vez que pensamos de tal modo, esa acción comunitaria del Espíritu aparece por todas partes en las Escrituras. Así, por ejemplo, aunque el Señor le habla individualmente a Pablo en el camino de Damasco, cuando el Espíritu le llama a la labor misionera no se lo dice privadamente a él, sino a un grupo que está ayunando y ministrando, y al cual “dijo el Espíritu Santo: ‘Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado’.”

Lo que es más, la casi totalidad de la Biblia misma que tanto amamos, y que es el centro de buena parte de nuestras devociones, fue escrita primeramente para ser leída en público, en la comunidad de fe, en medio del pueblo de Dios. Esto no quiere decir que no debamos leerla en privado, pero sí que no podemos descuidar la lectura comunitaria de la Biblia, así como el servicio comunitario al Espíritu Santo. “Probad los espíritus” dice Primera de Juan. Y una de las maneras en que el Espíritu se prueba es mediante su acción en la comunidad de fe. Aun cuando muchas veces el Espíritu actúa contra el orden

establecido, el Espíritu Santo de Dios nunca actúa para quebrar la comunidad, para crear enemistades y divisiones. ¡Y eso es otra cosa que también tenemos que aprender y que subrayar en nuestras iglesias!

Resumiendo entonces, y uniendo lo que decíamos en la otra hora con lo que hemos añadido ahora: En la Gran Comisión en Mateo vemos que la razón de nuestro envío es que toda potestad le ha sido dada a Jesucristo, tanto en el cielo como en la tierra. “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra, *por tanto*, id...” En la promesa del Espíritu en Hechos se nos advierte que lo que ha de interesarnos no es averiguar los tiempos y las ocasiones que el Padre puso en su sola potestad. *Pero* recibiremos el Espíritu para ser testigos desde Jerusalén—desde donde estamos—hasta lo último de la tierra.

Ambos pasajes se refieren al fin: en Mateo, ese fin es cronológico: “yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. En Hechos, es geográfico: “me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra”. Al unir los dos pasajes, resulta que nuestro ir, nuestra comisión, continúa hasta tanto el Señor venga, y que hasta en lo último de la tierra el Señor está con nosotros. Al unir los dos pasajes, resulta que no hay tiempo, y que no hay lugar, en que el Señor no esté con nosotros, en que no se nos llame a ir, en que no se nos prometa el poder para ser testigos.

“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado.” “Pero recibiréis el poder del Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra.” “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.”